

POESÍA VASCONGADA

EL POETA OTAÑO



El 17 del corriente mes la Sociedad «Sporti-Clai» organizó una velada necrológica en honor del poeta vascongado Pedro M.^a Otaño, fallecido recientemente en Rosario de Santa Fe (América). Nuestros lectores verán la descripción de la fiesta más adelante, en la cual se leyeron las poesías que insertamos á continuación. Copiamos también un comentario del eminente escritor José M.^a Salaverría, un juicio crítico á propósito del fallecido poeta y una poesía del mismo.

ALLÁ lejos, en la República Argentina, acaba de morir un hombre bien famoso; se llamaba Pedro María Otaño; pero su nombre de guerra era simplemente el de *Pello Mari*. Aquí ha pasado casi ignorada su muerte; fuera de algunos versos necrológicos que habrán leído muy contadas personas, nadie ha pensado en dedicarle artículos ni homenajes fúnebres. ¡Si hubiera sido músico! Porque aquí, en las provincias vasconavarras, hace falta ser músico, tenor ú orfeonista para lograr que el público se interese por las personas. Ocurre algo parecido de lo que le pasaba al célebre empresario del *Dúo de la Africana*, para el cual, todo el que no fuera tenor no servía para nada. «¿Qui é cuesto signori? ¿Un poeta? ¿Ma no é un tenore?..... ¡Andáte, andáte! Si no é un tenore, no é iente.»

Pedro María Otaño era un poeta, y no un tenor. Pero era un poeta rudimentario, que escribía en vascuence, y esto limitaba mucho más las dimensiones de su público. Tenía un público reducido, casi todo él compuesto de almas rurales: el público ciudadano no lee poe-

sías vascas, y por consiguiente ignoraba á este poeta ingénuo, nacido de la entraña popular. Pero si su público era limitado, en cambio le estimaba con idolatría. Muchas gentes habrán llorado la muerte de Otaño, con lágrimas sinceras arrancadas del corazón, cosa que no lograrán, seguramente, otros poetas mucho más célebres, universales y de gloria más altisonante.

Y le estimaban, porque era un poeta de verdad, un poeta «por la gracia de Dios», según frase de un ilustre crítico. Los poetas ciudadanos, los que están repletos de erudición y arte, poseen el don de producir obras bien combinadas, bien medidas y que representan ideas ó sentimientos complicadísimos; pero esos poetas sabios se dirigen á lectores que poseen casi tanta sabiduría como ellos, y así resulta que el lector percibe la música y la emoción de los versos con un tanto de reserva mental. Mientras que el poeta del pueblo, á falta de recursos artísticos, tiene la facultad de producir sensaciones vivas; se dirige á oídos ingénuos, llama á la puerta de las almas simples, y los oyentes le escuchan sin reserva alguna, abandonándose plenamente á la palabra del cantor. Habla el lenguaje de sus mismos hermanos que le escuchan. Es un hombre como ellos, siente, goza y sufre como ellos, y las emociones que despierta ganan en intensidad, todo lo que pierden en complicación. Estos poetas, pues, gozan de una gloria doble: la de la admiración y la del amor.

Los poetas como Otaño se llaman en nuestro país *bersolaris*, que literalmente traducida la palabra quiere decir «hacedor de versos». El *versolari*, por supuesto, no es una creación única y original de la raza; el *versolari* ha existido en todos los pueblos, por lo mismo que todos los pueblos del mundo han sentido la necesidad de manifestaciones poéticas. La poesía es á los pueblos, lo que el amor á la juventud; todo pueblo, en su infancia, necesita entregarse á los devaneos poéticos, como una necesidad imperiosa, fatal é innata. Después, cuando los pueblos se hacen cultos, la tradición poética continúa; existen versos y poetas, pero á los versos y á los poetas cultos les falta frescura, les falta inconsciencia; podrán ser todo lo admirables que se quiera: el polvillo dorado de la inconsciencia se ha ido, y quedan sólo el arte, el estudio, la habilidad, cosas sin valor si se las compara con el oro de lo ingénuo y de lo espontáneo.

Para exteriorizar la necesidad poética del pueblo, son necesarios ciertos intérpretes, dotados de una mayor agudeza y sensibilidad. Á

estos intérpretes se les llamaba en Grecia «rapsodas»; los celtas los denominaban «bardos»; en vascuence se les titula «bersolaris». Sin embargo, hay dos clases de versolaris: uno es más rudo y de menor potencia creadora, y por lo regular se contenta con improvisar algunas breves estrofas que sirven para los pugilatos poéticos de las sidrerías; el otro es mucho más perfecto, concluye composiciones largas, y á veces su inspiración llega á grandes alturas, como en Vilinch y Elizamburu.

Á esta última clase de versolaris pertenecía Otaño. Aunque nacido en las últimas capas del pueblo, poseía gran sensibilidad, finura de sentimientos, junto con una fuerza de humorismo que le hacían apto para los torneos ó pugilatos campesinos. Es decir, que servía lo mismo para trazar una poesía larga y redonda, como para contender con un campeón de aldea, en el fondo de una sidrería ó á los postres de un abundante banquete.

Los torneos entre versolaris tampoco son exclusivos del país vasco. En mis viajes por el mundo, he descubierto yo contiendas poéticas populares que ofrecen la misma apariencia que la de nuestros improvisadores. En la huerta de Valencia hay la costumbre de las «albaes». Consiste la diversión en una dulzaina y un tambor, que marcan un trozo de música breve y preliminar: después que la dulzaina ha dado el motivo del canto, ó la entrada, uno de los improvisadores lanza al aire dos versos, envueltos en una música dulce y sencilla; la dulzaina y el tambor, en seguida, repiten el motivo musical de antes, y á continuación, el otro poeta, el contrincante, lanza otros dos versos de respuesta, que vienen á completar la estrofa iniciada por el primero de los dos contendientes. Así también, en nuestro país los versolaris tienen una música especial, originalísima, en forma de salmodia, que les sirve para los torneos poéticos. Uno cualquiera de los circunstancias da el *motivo* del torneo, la *asiera*, como ellos dicen, ó sea la entrada, el principio. Inmediatamente, el primer versolari saca de la garganta una voz extraña, una voz gutural é indefinible, y pronuncia los cuatro versos de su estrofa, en los cuales, naturalmente, alude de una manera directa é incisiva á su competidor. Pero estos primeros versos están llenos de cortesía; sirven como de saludo al rival, y son contestados siempre en la misma forma cortés y educada: tal como si fueran dos caballeros que se saludasen galantemente antes de luchar. Después los versos se hacen más cálidos y penetrantes, agresivos y ve-

nenosos. Las burlas chocan entre sí, las invectivas se suceden, los defectos y los vicios salen allí á relucir, y el auditorio celebra el asunto con estrepitosas carcajadas. Mientras tanto que rien los oyentes, cada uno de los luchadores procura mantenerse imperturbable, y aunque las palabras sean cálidas y mortificantes como alfileres, ellos aparentan una gran sangre fría. Pronuncian su canto siempre en un tono agudo y gutural, estirando la música como elásticamente, con inflexiones largas y ondulantes que recuerdan la manera de modular del canto gregoriano.

También en las Antillas descubrí la misma costumbre de torneos poéticos. Allí los negros y mulatos se zahieren entre sí pronunciando *décimas*, horriblemente rimadas por lo general, y ocasionan el mismo alborozo en el público que los versolaris entre nuestros campesinos. Igual que en las Antillas, en Sud América gustan los *gauchos* de reunirse dentro de una *pulpería*, y acompañándose con una guitarra, riñen batallas de ingenio aquellos versificadores campestres; batallas de palabras que terminan más de una vez, por desgracia, con peleas de cuchillo.

JOSÉ M.^A SALAVERRÍA.

SE admite como verdad axiomática, que los poetas son seres privilegiados que tienen la alta virtud de ennoblecen la existencia humana, y de reflejar á lo vivo el genio y la civilización característica de sus respectivos pueblos.

Por eso los verdaderos poetas y sus obras viven todo el ciclo del pueblo y de la civilización que reflejan.

En los pueblos de origen y cultura oriental, donde las gradaciones de las jerarquías humanas, concuerdan con las gradaciones de la fantasía, y donde por ello mismo la leyenda, la ley y el derecho han llegado con cierta naturalidad hasta subordinar los dioses inmortales al capricho de las veleidades humanas, y elevar al misero hombre al centro de la divinidad—sus poetas—los genios de su cultura salvan esos contrastes con la grandilocuencia de su genial fantasía elevando para el caso, cuando así conviene, á precepto religioso las creaciones de sus delirios idílicos.